VOLVER

Mi alma son estos lugares y ellos son mi corazón y sangre.

Tantos años habían pasado ya que, al volver ahora, ni siquiera reconocía el terreno. Aunque los paisajes se mostraban verdes como cada primavera, aunque los álamos y los fresnos ya estaban también repletos de hojas nuevas, aunque los bellos charcos azules de río se veían claros y las cascadas regalaban sonidos muy hermosos, aunque las golondrinas revoloteaban y los mirlos y ruiseñores desgranaban sus cantos, aunque todo esto y mil matices más los paisajes mostraban, según iba llegando, todo le parecía antiguo y muy distante de su alma. Como si hubieran pasado siglos.

Remontó al collado y a descubrir la ladera hacia el arroyo de los álamos, los vio. Junto al ciruelo que se parecía al que en sus recuerdos tenía grabado. Pero este árbol era viejo, con el tronco negro, algunas ramas secas y heridas resecas en la corteza del tronco. Se acercó y les preguntó:
-¿Puedo ayudaros a coger los pequeños frutos que pretendéis?
- Sí que puedes. Ponte en este lado y, cuando nosotros doblemos esta resta rama que está cargada de ciruelas bien maduras, tú te enganchas y la sujetas.
Pensó él que luego le ofrecerían algún puñado de estos frutos y esto le gustó.

Doblaron ellos la rama, la atrapó él, rápido cogieron ellos los abundantes y maduros frutos que había en esta rama y los echaron a la cesta que tenían en el suelo. Le pidieron que soltar a la rama y así lo hizo. Miró la cesta casi rebosando de frutos y a punto estuvo de coger un puñado. No lo hizo porque pensó que no era correcto. Le dieron ellos las gracias y él entendió que ya no lo necesitaban y por eso los despidió. Se alejó caminando lento hacia el río.

Por la ladera orientada un poco al sol de la tarde, vio los cerezos. Le pareció que eran los mismos de los lejanos días que el tiempo había sepultado y sintió dolor. Las vivencias de aquellos días eran dulces y estaban llenas de sensaciones muy placenteras. Pero en estos momentos, bajo los verdes y muy viejos cerezos, vio amuchas personas sentadas. Compartiendo comida y charlando entre sí. Y ahora pensó que las cosas no eran lo mismo. Sin embargo, de las ramas de estos árboles, colgaban rojas y gordas muchas cerezas. Y se extrañó al tiempo que le gustaba y lo encontraba normal.

De uno de estos árboles, cogió un puñado de fruta y se la comió. Miró para el frente y, abajo y no lejos, vio el pequeño lago de aguas azules claras y verdes transparentes. Más cerca de él y no lejos del río, vio la roca. Piedra caliza, muy erosionada por el viento y la lluvia, algo alargada y en posición vertical. Tal como la encontró el primer día y luego la siguió viendo años y años. Pero ahora, en estos momentos, llenos de recuerdos hermosos todos y por eso dolorosos en su alma y muy tristes.

Junto a esta roca en forma de monolito y algo blanca, la vio una tarde. Sentada junto al camino, de espalda a él y tocando la guitarra. No se acercó. Desde la distancia, la observó mudo y la amó en su corazón porque le parecía hermosa, llena de misterio, fresca y joven. Cerró los ojos y soñó. Tanto que le pareció que ella era ahora mismo la única que podía saciar la aguda tristeza en su alma.

Al poco, dejó de verla, volvió al día siguiente y se colocó en el mismo sitio del día anterior que es justo donde ahora mismo se encuentra y dejó volar su imaginación. No la vio al llegar y por eso, cerró sus ojos y soñó con ella: engalanada con un vestido blanco de tela fina con encajes que el vientecillo mecía delicadamente. La mata de pelo dorado le caía como en una cascada abierta en abanico sobre su cuello y espaldas.

La piel blanca y delicada de sus manos, brazos, hombros y piernas, contrastaba con el pasto dorado y las sábanas de hierba que junto al río crecían. Y sus pies, blancos y delicados como los de una princesa, pisaban con cuidado la hierba y arena por la orilla del río. Se dijo: “Es hermosa como el sueño más bello y se le ve delicada y dulce. ¡Si pudiera tocar sus manos, acariciar su pelo, mirar sus ojos y rozar la pie sus brazos!”

Muy despacio se movió por la orilla de la corriente y pisando con cuidado la hierba más verde. Antes del charco, metió sus pies en las aguas y caminó lentamente jugando con la corriente. Como si se tratara de un juego infantil, pura fantasía y ternura. Dejó de moverse en algún momento y luego miró para los lados. Parecía no buscar nada sino simplemente observaba lo que le rodeaba. El sol iluminaba su cara, el silencio la envolvía y la soledad del rincón la convertía en más misterio.

Alzó sus ojos al cielo y, como en una oración muy íntima y personal, suspiró: “Dios, si me permitieras acercarme a ella para hablarle y oír su voz. Presiento que es la paz de mi corazón, alimento para el alma de mi espíritu y el sol que me lleva a ti. Dios ¿por qué ésta tan fuerte necesidad en mí y por qué tan imposible tener lo que me saciaría?”

Cuando miró de nuevo, ya no la vio. Sí el agua por el cauce del río seguía limpia bajando. Todo cuanto rodeaba, seguía en su latido de vida y como ajeno a la necesidad de su alma. Volvió al lugar al día siguiente y otra vez la vio. Antes de llegar al sitio que conocía, la descubrió caminando de espaldas. Como alejándose río arriba hacia las cascadas. Vestida con sus pantalones cortos rojo sangre, blusa de seda color verde agua, con su pelo cayendo en manojos por sus espaldas y un pequeño bolso color esparto seco colgado de su hombro derecho. Pisaba con temor la hierba y la blancura de sus pies resaltaban en el verde de las plantas. Caminaba despacio como en busca de algo importante y recogida en sí.

Pensó aligerar sus pasos para alcanzarla y hablarle pero se limitó a observarla. Quieto, mudo gustando las sensaciones de su corazón y elevando su espíritu al infinito. Buscó y no encontraba palabras con las que expresar lo que sentía. Solo un leve suspiro salió de su boca como impulsado por el inmenso gozo que vibraba en su alma. Expresó: "¡Dios mío!" y siguió mirando mudo. Se perdió ella por entre la vegetación del río y entonces él caminó despacio.

Llegó hasta la cascada que en forma de fino y amplio abanico dejaba caer hilos de aguas claras. Buscó y junto a unas rocas, sobre el tapiz de la hierba, se sentó. Frente a los hilos del agua que caían de la cascada. Miró al infinito y en este momento, más que otras veces, el cielo le parecía azul intenso. Azul puro y frío como era también fresco el airecillo que imperceptiblemente acariciaba. Frente a él, caían los claros hilos del agua que la cascada derramaba y al desplomarse, estos hilos ya en forma de lluvia sobre la hierba que desde sus pies se extendía, una música muy agradable se fundía con el silencio. La hierba toda decorada con las pequeñas gotas de lluvia de la cascada, refulgía con un verde intenso. El sol llenaba de luz las hojas de la vegetación por la umbría y un pequeño grupo de pajarillos, gorriones, carboneros, currucas, algún petirrojo, tórtolas y mirlos, intentaban bañarse en las gotas de agua trabadas en los tallos de la hierba.

De su alma se escapó otra vez el lamento ¡Dios mío! Y luego susurró: "Por aquí te he buscado a lo largo de muchas horas, días, meses y años. Siempre acusándome en el alma la necesidad de verte y compartir contigo la belleza y eternidad de estos lugares. Porque sé que nada, absolutamente nada hay en este mundo más real, hermoso y placentero que el verde, perfume y silencio de estos bosques. Mi alma son estos lugares y ellos son mi corazón y sangre. Mi cielo único y el paraíso eterno que con tanta fuerza intuyo y en el cual sé que soy.

Te he buscado sin descanso cada instante por aquí para compartir contigo lo que es tan grande y bello para mí. Te he necesitado, he necesitado verte, observarte, respirar este aire junto a ti y dejar que el alma se nos empape del frescor y la música que regalan las aguas del río, de las cascadas, las lagunas y las fuentes. Porque tú no eres criatura humana. Eres el espejo donde Dios se refleja y mi alma lo contempla. Tú eres el cielo que sueña día y noche, el espíritu que en mí llevo. Eres la eternidad, el Dios dueño y creador del Universo, la inmortalidad, el descanso y el paraíso que mi alma quiere y al que necesita irse y por eso grita día y noche con el deseo, el hambre de abrazarse a ti y fundirse ya para la eternidad con el lago de belleza y paz que eres y a cada segundo me muestras".

Dejó la roca donde se había sentado y desde la cual mil veces la había soñado y caminó despacio. Bajó primero hasta el arroyo, cruzó el cauce, buscó el manantial que conocía y que brotaba cerca del tronco de una higuera y bebió. Un largo trago y le parecía que el agua estaba más fresca y pura que nunca. Que el corazón se le llenaba de gozo mezclado con el fino dolor de los recuerdos. Y más aún se le conmovió el espíritu al comprobar y sentirse consciente en este lugar rodeado de paisajes tan verdes y frescos. Miró hacia un lado y otro durante un rato y luego buscó la senda. Avanzó por ella buscando el mejor terreno para remontar a la gran roca. La inmensa roca que abarcaba casi toda la ladera y moría justo abajo, donde brotaba el manantial.

Muy lentamente coronó hasta lo más elevado. Justo hasta donde esta molen rocosa ofrecía una pequeña plataforma llana. Aquí se paró y comenzó a reconocer con sus miradas la amplia panorámica que al frente, a un lado y otro y por detrás, desde este punto se veía.

Casi a sus pies pero muy en lo hondo, se abría el profundo surco del arroyo de las truchas, la higuera y la fuente. Por este estrecho, al lado de arriba de la higuera y la fuente, se veía la senda ya muy tapada por la vegetación.

Y por esta senda, intentando bordear el oscuro estrecho, le pareció ver al hombre del borriquillo. Con una pierna menos y algo cojo el animal. Hacía de esto tanto tiempo que casi nadie ya en este mundo se acordaba de este hombre. Por ello precisamente sintió la tristeza que le traían recuerdos tan lejanos, sintió la tristeza de los rebaños de cabras esparcidos por el monte de la ladera y la blanca casa sobre el montículo por donde las encinas. Suspiró: "¡Dos mío cómo se me clavaron en el corazón aquellos días, las primaveras, los caminos y las montañas! Ha corrido el tiempo, se fueron ya para siempre de este suelo todas aquellas personas y todo parece otra realidad. Como si ya nada me perteneciera y por eso soy tan

extraño por aquí. Como si hubiera envejecido tanto que ni me reconozco ni tampoco el aire, las aromas y silencios me sacian.

Se me ha acabado el tiempo en este suelo. No tengo vida aquí ni hay caminos que me esperen. Ni siquiera los cantos de las aves ni la música de las aguas, colores del cielo ni las montañas. Tanto es lo que tengo perdido a lo largo de los días que anduve por estos lugares, que ahora ni siquiera me anima lo nuevo que aparece o encuentro. El vacío que en mi espíritu hay después de tantas pérdidas de aquellos y aquello donde puse mi corazón, nada puedo darme ni consuelo ni paz. Quiero irme, debo irme al lugar donde sé que todo lo tengo. Donde sé que de nuevo volveré a encontrar a todos y todo lo que en este mundo he amado y poco a poco fui perdiendo. A lo largo de toda mi vida, ésta fue mi esperanza y es lo único que en este momento me da aliento".

No susurró en su corazón ningún otro pensamiento ni palabras. Se acercó al borde de la roca. Miró despacio durante unos minutos por donde el arroyo corría y luego abrió sus brazos. Inclinó su cuerpo hacia el vacío y se dejó caer lentamente. Por una fracción de segundo otra vez susurró: "Volar es lo que siempre he soñado. Lo que más he necesitado a lo largo de mis días en este suelo. Volar y alejarme de aquellos y aquello que tanto y tanto daño me han hecho. Volar y encontrarme ahora con ese cielo que también tanto, tanto, tanto he soñado y necesito".

Y su cuerpo cayó al vacío, atravesó el aire y en unos segundos se fundió con la vegetación y el agua del arroyo. De las cristalinas notas que las aguas del arroyo lanzaban al viento al saltar por entre las peñas, se oyó brotar una música muy hermosa. Una voz dulce y melodiosa, desgranaba al mismo tiempo un delicado canto. Retumbó esta música y canto por todo el entorno oyéndose los siguientes verso:

El canto del silencio
No lloréis por mí ni pronunciéis mi nombre
ni escribáis un poema como recuerdo,
el día que me marche de este mundo
al descanso que tanto y tanto sueño.
Que nadie me busque por ningún sitio
ni proclame si fui malo o bueno
ni escudriñe en las huellas que dejé
a mí paso por este suelo.

Dejadme tranquilo en las montañas
por donde los ríos, lagos y veneros,
entre los brazos de las noches largas
y la hermosísima música del silencio.
Que nadie manche mi soledad
ni me ensucie la luz de los luceros
que en la onda quietud de estos lugares
siempre tuve y tendré eterno.

Dejad que mi cuerpo se pudra y mi espíritu duerma
en los brazos amigos de mi hermano viento
donde sé que seré por los siglos
amado de Dios y canción del silencio.

Después de este canto, ni un grito se oyó ni a nadie que lo llamara por su nombre o le cantará una canción triste o alegre. Sí todo pareció pararse en un denso silencio solo roto por el fino trino de algún pajarillo y el chapoteo de las aguas yéndose por el arroyo. Todo lo demás, la hermosa y dolorosa soledad de los paisajes con los que su alma ya se había fundido, como en un silencioso palpitar del Universo. Ella era la belleza más perfecta, la eternidad, el cielo, Dios mismo. Lo único por lo que había merecido la pena vivir sus días en este suelo.